

ANGEL FLORES

Traté al general Angel Flores en Navojoa, durante los años 1918 y 1919. Sembrábamos fracciones de la hacienda de Rosales, él por un lado y por el otro Alberto Uruchurtu y yo. La primera siembra de trigo se nos dio muy bien y la cosecha fue abundante. Al siguiente año, aunque teníamos buen trigo en las sementeras, perdimos la mayor parte; pues una lluvia prematura nos llevó las parvas, sin darnos tiempo a trillar.

Entre los revolucionarios mexicanos de mayor hombría y que más se distinguieron en los campos de batalla, se encuentran algunos que después no triunfaron en las lides políticas ni desempeñaron puestos de relieve en la administración pública. Podrían citarse muchos de estos casos; pero en esta vez solamente voy a referirme al bizarro general Angel Flores, uno de los más heroicos soldados de la Revolución. Angel Flores surgió de los muelles de Mazatlán y por relevantes méritos en campaña alcanzó sus grados en el ejército, hasta llegar al más alto: general de división. General y muy respetado, nunca perdió sus contactos con el pueblo y sus compañeros del puerto lo siguieron tratando con la vieja confianza:

—¿Cómo te va, Angel?

Era un hombre de estatura regular, moreno, robusto, la mirada franca y el bigote bien poblado. Por sus movimientos denotaba ser un hombre de acción. Suave en sus maneras. No necesitaba hablar mucho para hacerse de su interlocutor. Supo ganarse a la gente y por eso lo siguieron los pescadores, los jornaleros de la ciudad, los campesinos, los dependientes y otros jóvenes de muy diversa condición social, que nunca habían pensado convertirse en soldados. Por seguir a su amigo Angel Flores se hicieron individuos de tropa. A las fuerzas que organizó gracias a su simpatía personal, pudo darles organización y espíritu militar con su ejemplo de rectitud, desinterés y hombría de bien. Se conducía como un verdadero ciu-

dadano armado. Sólo en casos indispensables vestía el uniforme militar. Enemigo de toda ostentación gustaba de confundirse entre sus camaradas los trabajadores del puerto.

*
* *

¡Angel Flores! ¡Y qué elemento tan valioso fue para la Revolución en Sonora y en su Sinaloa natal! Tomó parte en innumerables acciones de guerra, demostrando valentía y ardor. Era incansable en la lucha. En campaña estuvo siempre listo y no conoció la fatiga ni el temor. Era arrojado en el combate y figuraba en las vanguardias a la hora de atacar. Nadie resistía tanto como él, en las penosas caminatas o ante el fuego del enemigo. Se le respetaba con devoción y se le admiraba con cariño. Y fue siempre el mismo: tranquilo, sereno, sonriente. Era, indudablemente, hombre de una pieza.

Angel Flores figuró a la vanguardia de las tropas que mandaba el arrojado general Ramón F. Iturbe, cuando los constitucionalistas tomaron Mazatlán, en agosto de 1914. Su nombre fue citado con elogio por el comandante de aquella notable acción de guerra y referida por el general Alvaro Obregón en sus “Ocho mil kilómetros en campaña”.

De entre los numerosos y bravos generales sinaloenses de aquella época, sólo uno podía ganarle en popularidad: Juan Carrasco. El nombre de este Juan era el tema para las canciones y los corridos que los trovadores de Sinaloa cantaban al pueblo. Carrasco era el motivo de muchas narraciones, anécdotas y hasta fábulas populares. Carrasco fue un tipo de leyenda, que excitó la fantasía de poetas y escritores. En otro plano y también llegando al corazón de los sinaloenses. Angel Flores era un conquistador de multitudes.

*
* *

En 1915 Angel Flores tuvo en Sonora dos acciones de guerra que lo immortalizan: el sitio de Navojoa y el combate de Hermosillo.

Sobre la jornada de Navojoa, ninguna opinión mejor que la del general Obregón. He aquí lo que dice de Angel Flores y de su gente:

“Entre las operaciones de la Columna Expedicionaria de Sina-

loa resalta como de mayor trascendencia la defensa de Navojoa, pues su heroica y abnegada resistencia en aquella plaza fue la infranqueable barrera que tuvieron los infidentes de Sonora capitaneados por José María Maytorena, que les impidió extender sus dominios al sur, invadiendo el Estado de Sinaloa. Y el mérito de esa defensa se acrecienta, si se considera que aquellas bravas fuerzas estuvieron siendo atacadas por un enemigo tenaz, decidido y en número abrumador, con elementos que los nuestros estaban muy lejos de igualar; que el aislamiento de nuestras tropas en aquella plaza era completo, sin tener comunicación con ninguna otra plaza, ni con ningún otro núcleo de fuerzas constitucionalistas; sin recibir provisiones de boca o de guerra, ni refuerzos, ni noticias de lo que pasaba en el resto del país, obligadas a estar atenuadas exclusivamente a los escasos recursos que podían allegarse en la plaza sitiada”.

*
* *

En noviembre de 1915 la ciudad de Hermosillo estuvo a punto de ser tomada por Francisco Villa y sus fuerzas, que habían sido derrotadas al sitiar Agua Prieta a principios de ese mismo mes. La plaza era defendida por el general Manuel M. Diéguez, jefe de la División de Occidente, que había recibido refuerzos del sur. La situación se tornó seria, grave, porque los villistas llegaban en gran número y deseosos de desquitarse de su derrota en la frontera. A su sed de venganza se agregó una proclama en que Villa ofrecía a sus forajidos que, al tomar la ciudad, se les concederían tres días para saquearla.

Ante los avances del enemigo y porque a su tropa se le agotaban las municiones, el general en jefe dio instrucciones de preparar la retirada. Al conocerse en la ciudad las intenciones de los villistas y las providencias que se tomaban para abandonarla, un grupo nutrido de damas se acercó al general Angel Flores y le dijeron:

—¿Van a dejarnos en poder de esas chusmas? ¿No habrá manera de impedir los atropellos que se preparan?

El general Flores les prometió que se haría el último esfuerzo para no dejar que la plaza fuese tomada. Acompañado de algunos de sus principales jefes y de miembros de su Estado Mayor, fue en busca del general Diéguez y le propuso:

—Tengo un grupo de tropas que todavía no entran en acción.

Le suplico que me permita hacer con ellas un movimiento envolvente sobre el enemigo y ¡a ver qué pasa!

Autorizado para ello, Flores organizó rápidamente una columna de avance, a la que siguieron muchos soldados impulsados por su ejemplo y en menos de tres horas cambió el panorama de la batalla. Los villistas fueron arrollados y se les hizo huir en dispersión hacia el norte y el este de la ciudad. Hermosillo se había salvado.

Al recordar esta brillante acción de armas, se piensa que la capital de Sonora ha respondido en alguna forma al gesto viril e impresionante del general Flores. Pero no: apenas una calle de las más humildes, pegada al cerro de la Campana, lleva su nombre. ¿No sería justo darlo a una de las principales avenidas de Hermosillo?

*
* *

Cuando el general Francisco J. Múgica era gobernador de Michoacán, preguntó al Presidente de la República, general Alvaro Obregón:

—En su concepto, ¿quién ha sido el mejor general de la Revolución?

Sin meditarlo mucho, el general Obregón contestó:

—¡Angel Flores!